



CASA CIUDAD DE VITORIA.

La Casa-Ciudad de Vitoria, es un edificio moderno, que hace honor á la diputacion foral, á la cual se debe; su sencilla pero elegante fachada es tal cual la representa la vista que ofrecemos. El lujo de este palacio empieza desde el pórtico, cuyas paredes están vestidas de estuco bruñido, con todas las apariencias de mármol. El gran salon de juntas, es de forma oval y lucen en él elegantes molduras, las del techo especialmente, de una ejecución perfecta. El gabinete ochavado que se abre en el fondo de dicha sala, es asimismo de mucho gusto y no menos riqueza que las otras dependencias del edificio. El archivo, las oficinas, los almacenes, y finalmente los jardines de la Casa-Ciudad, todo se halla dispuesto con acierto. En suma, el edificio de que nos ocupamos, erigido en medio de las revueltas y trastornos porque ha pasado nuestro país, es una de las mejores obras que en España se han levantado en el siglo actual.

### MOTIN CONTRA ESQUILACHE.

ARTICULO PRIMERO.

(Continuacion.)

Varios días trascurrieron sin otra novedad notable: acercábase la Semana Santa, y era de presumir que llamada la atención del pueblo hácia las festividades de la iglesia, no llegaría á turbarse el sosiego de la corte. Del mismo modo se pasó la mañana del domingo de Ramos, que este año cayó en el 23 de marzo; mas serian las cinco de la tarde cuando el oficial de la guardia del cuartel de inválidos, situado entonces en la plazuela de Anton Martin, reparó en un hombre que con sombrero gacho y capa larga se paseaba sossegadamente. Acercóse á él y le dijo:—*paisano ¿quiere Vd. la orden de S. M.?*—*La sé,* respondió el embozado.—*Pues ¿por qué no la obedeca Vd. y se quita eso?*—*Porque no me da la gana,* replicó nuevamente sin turbarse. Llamó el oficial á los soldados; sabieron estos; el paisano tiró de una espada que llevaba oculta y se fué hácia ellos, y dando al mismo tiempo un silbido, acudieron en su auxilio y con armas unos treinta hombres que allí cerca estaban embozados, lo cual visto por los soldados y el jefe, juzgaron conveniente retirarse al cuartel y dejarles el campo libre.

Esta puede decirse que fué la señal del levantamiento. Formados los paisanos en ala, se dirigieron la calle de Atocha arriba á los gritos de ¡viva el rey, viva España y muera Esquilache! Detenian á cuantas personas encontraban, obligándolos á repetir sus voces, á desapuntar los sombreros si los llevaban de picos, y á incorporarse con ellos para que aumentasen el tumulto. De esta suerte llegaron á la plaza Mayor, donde reunidos con otro grupo que desde la plazuela de la Cebada venia dando los mismos gritos, tomaron la puerta entonces dicha de Guadalajara. Encorríase allí con el duque de Medinaceli, que como caballero mayor del rey, venia de palacio en su coche; llegaronse á él y le dijeron que era menester volver á palacio á decir al rey que el pueblo quería la cabeza de Esquilache; y aunque el duque mostró alguna repugnancia, tuvo que condescender y dar al punto la vuelta, seguido de un inmenso gentío que á cada paso se acrecentaba.

No se había dado hasta ahora señal alguna de agresion por parte de los amotinados, ni se creía que osasen apelar á las armas para el logro de sus intentos: así que se contentó el rey con venirse inmediatamente de la casa de campo donde estaba cazando, y con dar orden á los guardias de corps y á los guardias españoles y walonas, único tropa que había en Madrid, para que no hiciesen uso de la fuerza. Oida la comision de Medinaceli, respondió que se aquietase á los amotinados con buenas razones y se les diese alguna esperanza con que entretenerlos, para ver en este tiempo lo que debía hacerse. Ocupaban ya la plaza de Palacio mas de tres mil personas que sin temor á la guardia, ni reparo al lugar en que se hallaban, proseguian gritando con ahínco, pidiendo la vida de Esquilache, y desfogando su furor en palabras injuriosas; tanto, que fué menester cerrar la puerta del real alcázar; y viendo que no cesaba, sino que por el contrario iba aumentándose cada vez mas el griterio, salió el duque de Arcos, capitán de guardias de corps, y en nombre del rey les dijo que se tranquilizáran y se retirasen, que lo que pidiesen se les otorgaría; á lo cual replicaron todos á un tiempo con las voces de ¡viva el rey y muera Esquilache!

Cansados ellos mismos de tanto escándalo, fueron saliendo de la plaza, y se repartieron en cuadrillas para recorrer todas las barrias y calles de la capital. Un tropel de mas de mil personas se encaminó á la casa del ministro

su enemigo, que estaba al fin de la calle de las Infantas, y era la llamada de las Siete Chimeneas. Forciana fué del buen marqués no hallarse casualmente en ella, pues estaba de campo, y tan ajeno de lo que pasaba, que cuando llegó á la puerta de Alcalá y se enteró de la causa del motin, tomó la ronda adelante, segun afirman algunos, y á buen paso se metió en palacio por la entrada del campo del Moro: el pueblo sació su rabia afianzando su casa y llevándose lo que encontraron de comer, pues aunque intentaron pegarla fuego, desistieron de tan mala idea y se contentaron con hacer pedazos todas las vidrieras. Esta misma suerte tuvieron la del marqués de Grimaldí, que habitaba en la calle de San Miguel, y la del Sr. Rojas, obispo de Cartagena y gobernador del Consejo, que la tenía enfrente de las monjas de Santo Domingo el Real.

Roto una vez el freno de la obediencia, no perdona el populacho ni sus cosas que le son mas útiles; y así acordándose de los fábulas del alumbrado comenzaron á quebrarlos todos, diciendo que no había de quedar ni aun aquel recuerdo del traidor napolitano; solo respetaron los que tenia en su manzana la casa del duque de Medinaceli, que á este señor miraban todos con particular afecto. Luego que llegó la noche se provayeron de achones con que alumbrarse. Detenian á cuantos coches encontraban y metian dentro las luces para reconocer quien iba en ellos, obligando á desauptar los sombreros á todo el mundo, aun á los cocheros y lacayos. Halláronse una vez con el embajador inglés, y queriendo dar sin duda un testimonio público de sus opiniones, prorumpieron en aquel dicho vulgar de *con todo el mundo guerra, y pas con Inglaterra*, en lo cual seguramente anduvieron mas que políticos, oportunos. Al fin por lo avanzado de la noche y por el cansancio del dia determinaron recogerse, y cada cual se encaminó á su casa con firme propósito de no abandonar la empresa á menos que el monarca no diese oídos á sus clamores.

Sin embargo pasáronse tranquilamente las primeras horas del siguiente dia; discurría el populacho por las calles, y todos con sombrero de tres picos, aunque muchos con armas, otros con palos y piedras, de las que pudieron hacer suficiente acopio en la plaza Mayor, que á la sazón se estaba empedrando. Confiados quizá en que el rey les daría alguna satisfacción, permanecieron al principio silenciosos, mas viendo los principales puntos ocupados en hostil apariencia por la tropa, volvieron á los gritos del dia anterior y á ponerse los sombreros gachos, que era como enarbolar nuevamente la bandera de la discordia. Esta disposición tan poco lisonjera de los ánimos vino á exasperarse por una <sup>impresión</sup> noticia de los walones, cuyo carácter de extrangeros les hacia <sup>ser</sup> bastante odiosos á los amotinados. Un piquete que habia <sup>estacionado</sup> al arco de Palacio hizo fuego sin saberse con qué motivo, y cayeron dos mugeres, una muerta y otra herida. Acometiéndose <sup>la turba</sup> furiosamente; se apoderaron del soldado á quien creyeron autor de estas desgracias, le mataron á pedradas, y no sabiendo cómo saciar su cólera, llevaron arrastrado su cadáver por la calle Mayor y puerta del Sol, y por las calles de la Montero y de Carretas. A la entrada de esta última habia otro piquete de walones, los cuales se mantuvieron quietos á pesar del triste espectáculo que tenían delante y de los insultos que se les dirigian; mas no fueron tan sufridos otros que estaban en la plaza Mayor, pues al ver la inhumana complacencia de aquella turba, dispararon sus fusiles, y en un instante se vieron destrozados y dispersos. Uno murió allí mismo y su cuerpo fué arrastrado hasta la puerta de Toledo donde intentaron quemarlo: dos que iban huyendo perecieron en la calle de las Fuentes, y otros dos al entrar en la plazuela de Santo Domingo. En el cuartel de la de Herradores acontecieron tambien desgracias. Felizmente se habian precavido hasta ahora estos desastres, pero una vez sucedidos, no era fácil prever á qué número llegarían.

Sobresaltose el rey con la nueva de tales ocurrencias, porque no esperaba tanto furor y atrevimiento del paisanaje; y como quien se ve escorado á un grave riesgo, acudió al punto á oír el dictamen de sus consejeros y de varios personajes que se habian reunido en el palacio. La primera resolución fué despachar correas para que sin demora viniesen los regimientos que estaban mas próximos á la capital; y por si el pueblo se daba á partido buenamente, se determinó despues que saliesen á tranquilizarlo dos sujetos que mereciesen su confianza. En su consecuencia fueron elegidos el duque de Arcos y el de Medinaceli, que en

efecto salieron por la calle Mayor hasta la puerta del Sol, escoltados por un piquete de guardias de corps. Ambos procuraron calmar la irritacion de los ánimos con blandas palabras y promesas de que S. M. les concedería cuanto pidiesen; mas al poner por condicion que dejasen pasar tres dias, no pudieron proseguir hablando: el innumerable auditorio que los escuchaba comenzó á dar voces de desaprobacion que los obligaron á retirarse.

Viendo ineficaz este medio, se apeló á otro mas ingenioso. Habia en el convento de san Gil un famoso misionero público llamado el padre Cuenca, de gran prestigio para con el pueblo. Este se encargó de apaciguar el motin, y con un crucifijo en la mano, una soga al cuello, y en la cabeza una corona de espinas, se asomó á un balcon que cafa junto á la puerta de Guadalajara. Prestóle atencion el populacho; mas al ver el rumbo que daba á su discurso (dejes de predicarnos, padre, le dijeron, que somos cristianos por la gracia de Dios, y lo que pedimos es cosa justa.) Varió entonces de tono el religioso, y les manifestó que iria á hablar con el rey si le decian lo que soliciaban; lo cual oido por uno que en el hábito pareció clérigo, contestó que él estenderia la peticion, si lo tenían á bien; y aprobándolo todos, sacó papel y tintero, y leyó á poco rato las condiciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Que salga desterrado de España el marqués de Esquilache con toda su familia.—2.<sup>a</sup> Que salgan asimismo de la corte los guardias walones.—3.<sup>a</sup> Que hayan de ser españoles los ministros de S. M.—4.<sup>a</sup> Que al pueblo vista segun su costumbre.—5.<sup>a</sup> Que se quite la junta del abasto y se pongan los viveres por obligados.—6.<sup>a</sup> Que se bajen los comestibles, y salga S. M. para dar palabra de cumplirlo.

Oyó el concurso estas capitulos con grande algazara y muestras de beneplácito, y tomándolos el padre, se dirigió á palacio para presentárselos al rey. Todos esperaban impacientes el resultado, cuando á poco tiempo volvió el mismo padre diciendo que S. M. otorgaba cuanto pedian; mas que no juzgaba prudente dejarse ver de sus vasallos en el estado de alteracion que los ánimos experimentaban: que fué mostrar una desconfianza de que necesariamente debia ofenderse el pueblo; si bien reflexionado el caso detenidamente, no estaba demas tanta cautela, en primer lugar porque no era fácil conocer aun, siendo tan fútil á primera vista, el verdadero designio de la conecion, y despues por el carácter de esta y por el inmenso número de personas que la componian, entre las cuales se hallaban las mas bajas de la plebe, y hasta las mugeres de la galera, á quienes se habia dado suelta sin duda para que hiciesen bulto en el motin, y con sus gritos alentasen á la muchedumbre.

Cuando mas acalorados estaban los revoltosos, salieron por las calles tres alcaldes de corte con varios alguaciles y un escribano, y fijaron carteles en que mandaba el rey se rebajasen dos cuartos en pan, tocino, aceite y jabon, que <sup>eran</sup> los artículos mas subidos, pues el pan valia á doce cuartos, la libra de tocino á veinte, y el aceite y jabon á diez y ocho; mas esta rebaja lejos de satisfacer al pueblo, se tuvo por muy maquina; y como la energía de las pasiones en tales casos no permite espresarse por indicios, sino por obras, hubo algunos tan insolentes, que á vista y paciencia de los alcaldes arrancaron los carteles y los hicieron trizas.

Esto encendió la cólera del rey, é irritó sobre manera á varios de sus consejeros que andaban hasta entonces indecisos y aun temerosos. El duque de Arcos, capitán de guardias de corps de la compañía española, y el conde de Priego, coronel de guardias walonas, opinaron que debia llevarse todo á sangre y fuego, y sujetar al pueblo con las armas: voto nada extraño en el conde, que ademas de ser francés, hablaba como resentido de los ultrages hechos á su cuerpo, y así no pareció tan vituperable como el del duque; pero á todos venció la templanza del marqués de Sarriá, coronel de guardias españolas, el cual con prudentes razones, y con poner delante de los ojos los males que acarrea un rigor extemporáneo, desbarató los argumentos de aquellos é hizo renacer en el pecho del rey sus sentimientos generosos.

Salió pues, S. M. á uno de los balcones de palacio, despues de haber ordenado que se dejase entrar en la plaza á todo el mundo, y fué tal el gentio, que con ser aquel sitio tan ancluroso, quedó mucha gente fuera. El padre Cuenca se colocó en otro balcon inmediato con un papel en



la mano, y haciendo señas para que callasen, pues todo era vivas y confusion y aclamaciones, quedó la plaza en el mayor silencio. Leyó entonces el papel, que era el de las peticiones, y el rey las aprobó todas en alta voz, prometiendo además que se bajarían cuatro cuartos en cada libra de los mencionados artículos, para cuyo cumplimiento empeñó su real palabra. Decir los extremos de alegría á que se entregó con este motivo aquel inmenso auditorio sería tan prolijo como imposible. Las voces de ¡viva el rey! repetidas unas cien veces con indecible entusiasmo; los aplausos expresados por cada cual á su manera, los sombreros volando por el aire en la mas estraña confusion; todas aquellas almas entregadas á un mismo afecto, todos aquellos rostros esplicando una misma idea; finalmente, aquel movimiento universal y aquel interminable griterío debían infundir tanto mayor júbilo, cuanto mas lamentables eran las desgracias ocurridas y mas fundado el temor de que se empeñase una lid sangrienta. Carlos no vió en aquel pueblo la implacable ferocidad del trigre sino la indócil generosa del león, y se mostró sensible á espectáculo tan interesante. Con tan dulces momentos hace olvidar el cielo á los príncipes las amarguras de su destino.

Y ciertamente en el punto á que había llegado el levantamiento, no había sino motivos para lisonjearse. El pöplacho que con tanta audacia había dado el grito de rebelion, que creía justas sus pretensiones, vulnerado su honor y sus intereses comprometidos, trocaba de pronto en pacífica alegría por una mera palabra del rey sus resentimientos; y el soberano que con diversos pretextos se había negado antes á las exigencias de un motin, hacia ya imposible toda discordia accediendo á ellas.

Un recelo quedaba sin embargo que no podian menos de abrigar cuantos pensasen con discreccion: el pueblo había conseguido una verdadera victoria; el poder sucumbia despues de haber hecho ostentacion de su fuerza; este quedaba en el concepto de vencido, y aquel como triunfador. La alianza pues, que de esta nueva situación resultaba no podia ser duradera, porque el uno adquiria la superioridad y aun el prestigio de que el otro se despojaba, reflexiones que indudablemente se ocurririan al monarca y á sus consejeros; en cuyo caso se apresurarian, sino á retirar la palabra dada, porque semejante inconsecuencia no cabia en el ánimo de Carlos, al menos á manifestar cierta indiferencia y rencor que escitarian otra vez la desconfianza de los vencedores.

Las calles de la capital ofrecian en la noche del 24 un aspecto enteramente opuesto al de la anterior: los hombres con hachas encendidas y las mugeres con palmas en las manos celebraban entre alegres canciones y vivas su triunfo. La corte empezaba á oír con disgusto el necesante clamoreo del vulgo: despues veremos cómo la imprudencia de esta suscitó nuevos escándalos y disturbios, y cómo el júbilo y aclamaciones se cambiaron al siguiente dia en furor y enemigo estruendo.

CAYETANO ROSSEL.

## JOAQUIN CAPRARA.

Uno de los artistas dramáticos cuya pérdida lamentan aun los amantes del teatro español, es Caprara, nacido en Bolonia, ciudad de los estados pontificios, por los años de 1770 á 1772, de una familia distinguida, bien que escasa de fortuna. Pero su patria adoptiva fué España, en cuyas banderas se alistó, llegando al grado de sargento al comenzar la guerra de la república: la misma graduacion tenia en el propio regimiento don Rafael Perez, célebre tambien en nuestros fastos teatrales, y no tardó en ligar á los dos militares una amistad íntima, nacida y alimentada con la afición extraordinaria que ambos sentian al arte de la declamacion, en el cual logró distinguirse Caprara en varias reuniones particulares adquiriendo no pocos admiradores.

Contábase entre ellos Godoy, quien despues de alcanzarle la licencia le proporcionó los medios de hacer su primera salida en el teatro de los Caños del Peral, por los años de 1799 á 1800. El público le recibió con benevolencia, apreciando sus excelentes dotes, pero sin acostumbrarse á las faltas de pronunciaciön inherentes á un extranjero. Desde entonces Caprara se dedicó con tenacidad á perfec-

cionarse en el idioma y al estudio de la difícil carrera que había emprendido, y que recorrió brillantemente hasta que Maiquez le ajustó para el teatro del Principe en 1814; mas tarde, siendo barba de este coliseo, se le confirió la direcciön de él en union con don Antonio Guzman, actor que aun dá lustre á la escena española. Decaída su salud, obtuvo la jubilacion en 1829, pero aun trabajó despues un año en Sevilla, y finalmente, á la creacion del Conservatorio de música, fué nombrado maestro de declamacion. Agravados sus males y yendo en busca de climas templados, halló la muerte en Cadiz en abril de 1838.



Descollaba Caprara especialmente en los papeles de carácter patriarcal, como los de *Winton*, el *Abate L'Epée*, *Adam*, *Fenelon* el *Gran Maestro de los Templarios* y otros; distinguíase en la escena por su grave y magestuoso continente, por la naturalidad de su accion, por la flexibilidad de su fisonomia y por la admirable expresion de sus ojos; poseía un profundo conocimiento del teatro, y aun tradujo del francés y del italiano diversas producciones que fueron representadas con buen éxito.

## LA VIRGEN DE LA ALMUDENA.

Madrid por tradición de sus mayores  
 Brega su imagen con devota piedad,  
 Bonda los africanos vencedores  
 Tenian de su trigo el Almudena.  
 El muro produciendo raras flores  
 Por los resplandores de la tierra amena.  
 Con letras de colores pintadas  
 Que los muestran el nombre de MARIA.

LOPE DE VEGA.—*La Virgen de la Almudena*.—ROMA.

Cuenta la tradición, que cuando el apóstol Santiago vino de Jerusalem á predicar á España, trajo la milagrosa imagen de que nos ocupamos, y la colocó en la iglesia de su nombre, en compañía de uno de sus discípulos llamado Colocero, que fué el primero que predicó en ella (año de J. C. 38). Es la primera que adoró la villa de Madrid, y se ha tenido y se tiene como labrada por San Nicodemus, viviendo nuestra señora, y colorida por San Lucas.

La celebridad de qué goza la imagen, y la circunstancia de hallarse próxima á cambiar de aspecto la cuesta de la Vega, en cuyo muro estuvo oculta dicha virgen, nos mueven á referir ligeramente lo que acerca de ella se refiere.

Las huestes vencedoras de Muza acababan de tomar á

Madrid, que habían entrado á sangre y fuego; en aquellos críticos momentos, teniendo los sacerdotes que los moros arrebatáran la imágen, determinaron ocultarla en el cubo de la torre murada contigua á la iglesia, tapiándola en un nicho: así lo hicieron en efecto, cuidando de dejarla alumbrada con dos velas que quedaron encendidas dentro de aquel secreto recinto.

Tres siglos despues, Madrid se hallaba libre ya de los musulmanes, y don Alonso VI había purificado los templos, consagrando especialmente á la reina del cielo la que antes fué mezquita principal de los moros. Conservábase la tradición de la imágen escondida, pero nadie sabía donde pudiera hallarse, y el rey deseando encontrarla, despues de hacer públicas rogativas, dispuso una procesion que inves-

tigira los sitios en que podia suponerse que estuviera oculta la imágen; al pasar por la torre contigua á la iglesia, dividióse de pronto por sí mismo el muro, y se dejó ver la virgen, con las dos velas encendidas aun. Trasládóseta al sitio que hoy ocupa en la iglesia de Santa María, y se hizo otra imágen que se colocó en el cubo de la Almudena para recuerdo del suceso, que es la misma que hoy existe, sin otra variación que el adorno del retablo, reformado modernamente como le presenta nuestro grabado. Tal es la tradición que se conserva respecto á la virgen de la Almudena, cuyo nombre proviene de haber sido hallada junto al sitio donde los moros tenían el almoden, alhóli ó alhóndiga del trigo.



### LA CAPILLA DE LOS BENAVENTES.

EN LA PARROQUIA DE SANTA MARÍA DE MEDINA DE RÍOSECO.

En medio de las irreparables pérdidas que á la riqueza monumental de España ha causado el espíritu vandálico de la codicia y de la ignorancia, invocando falaz nombres sagrados, produce espansion en el ánimo la vista de cualquier creación de las artes salva de la mano asoladora de la especulación y del egoísmo. Porque indudablemente se ha destruido mucho. En pocos años hemos visto desaparecer monumentos, á cuya creación concurren acaso los esfuerzos y tendencias de sucesivas generaciones. ¿Dónde están, pues, las suntuosas obras, que á través de los siglos atestiguan las fases de nuestra vida social, y eran el reflejo póstumo del espíritu y civilización de otras edades? ¿Qué se han hecho tantas maravillosas fábricas, inmensas

páginas de piedra, donde la mano del tiempo hiciera la apotheosis del heroísmo, grandeza y virtud de tantos y tan inclitos varones? ¿Cómo se han perdido las epopeyas colosales de mármol y granito, donde el artista quiso eternizar en caracteres misteriosos la memoria de inmarcesibles triunfos; donde pendían los rotos estandartes del vencido Musulmán; donde se veían las tumbas de los reyes, de los héroes y de los mártires? ¡Ay! Bien podemos exclamar con el doliente poeta de Italia.

»Solo quedan memorias funerales.

Donde erraron ya sombras de alto ejemplo...

De todo apenas quedan las señales.

Pues donde ha poco, se alzaban orgullosas y radiantes aquellas artísticas maravillas, hoy vemos la sombra de la ignorancia señoreándose fiera en un yermo de ruinas y depredación. ¿Y esto se ha hecho en nombre de la libertad?

¿Cómo holocausto á la civilización? ¡Qué sarcasmo! Pero no. Esa es una obra de mercaderes sórdidos, que para saciar sus menguados instintos, se han cubierto con una máscara de seguridad; y curado de declinar su odiosa especulación sobre un principio santo, que profanan y que no son capaces de sentir en su metalizado corazón. ¡La libertad y la civilización en divorcio con el esplendor de las artes!.. Lo mismo hubieran podido decir las tribus arrojadas del siglo V. Pero no es cierto, repetimos. La civilización, el sol vivificante del mundo moderno, á cuyo influjo germinan el perfeccionamiento social, la grandeza de los pueblos y la suavidad de las costumbres, no pueden alumbrar esos cuadros de aberración y de óprobio. Y la libertad, ese número dulcísimo y resplandeciente, aparecido ante los hombres á la voz del Divino Maestro, para disipar los tinieblas del materialismo, emancipar el pensamiento y ennoblecer el género humano, solamente acepta en sus altares el homenaje de la inteligencia y de la perfección moral y material; pero rechaza y rechazará siempre de su santuario á los profanos que la ofrecen cual ovación mentida, la negra hecatombe de las glorias artísticas del país.—Bien comprendemos que siempre hay exageraciones en tiempo de una revolución. Pero no pretenden los que han puesto su mano sobre las obras de Berruguete y Herrera hacer pasar por un tributo á las ideas, y un servicio á la causa pública, lo que fué no mas un tráfico deplorable de fácil enriquecimiento. Ni quieran echar la odiosidad sobre una medida de gobierno acorde con el espíritu del siglo. Pues entre suprimir ciertas instituciones y destrozar el árbol de las artes, en la relación que con ella pudo tener, hay tanta diferencia como de la buena á la mala aplicación de un gran principio.—Nos hemos atajado en pero de nuestro primordial objeto. El dolor, el enojo que inspiran tamaños estravios en nuestra época, nos llevaron involuntariamente á lamentar esta funesta obra, que parece debiera estar reservada á los Atlas y Genséricos. Volvamos, pues, al cauce propio nuestra imaginación, y hablemos ya de la famosa *Capilla de los Benaventes*.

Por los años de 1346, Alvaro Alfonso de Benavente imaginó la creación de un santuario á la Virgen María, que al propio tiempo sirviese de suntuoso enterramiento á sus progenitores y descendientes. El pensamiento fué puesto en ejecución. La capilla que lleva su nombre familiar es el resultado de aquella piedad y largueza. Veamos en comprobación las primeras líneas de la difusa y detallada inscripción, que, al lado del Evangelio se lee dentro del oratorio. Y además de esta letra, el estilo arquitectónico de la capilla, y el instrumento escriturario para la construcción del altar acreditan asimismo el tiempo de la fundación, y la persona del fundador. Verdad es que los bultos de las tumbas son del siglo XII, y que están tendidos sobre ellas, cuando en el siglo XVI, época de Alvaro Alfonso, el gusto dominante colocaba de hinojos las esculturas; y cierto es también que la antigüedad del templo parroquial de santa María de la Asunción, donde radica la capilla, es obra del siglo XIV. Pero esto no obsta, siendo tan evidentes los datos anteriores, y viendo la fábrica de la Capilla; desde el panteón subterráneo, que ya es bóveda semicircular, hasta su coronamiento, demuestra una construcción entera y nada común con el género gótico y antigua traza del templo. Y los bultos muy bien pudieron ser traídos de otro punto, para exornar el mausoleo del Benavente, quien sin duda constituyó la Capilla, cual hoy se ve, dedicándola á la Concepción de la Santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de media Villa. Y aludia claramente esta denominación al punto topográfico del Santuario, colocado sobre el centro de la población. Hizo para su servicio cuantiosas donaciones, y estableció dotación de doncella huérfana, instituyó capellanes, etc. etc., según por menor consta de la letra ya mencionada, y que comienza así.»

Año de 1364.

«El católico varón Alvaro Alfonso de Benavente, hijo de Juan de Benavente y de María Gonzalez de Palacios su mujer, levantó esta capilla en memoria y alabanza de la Santísima Concepción de Nuestra Señora; y con este título y advocación edificó y de principio fundó esta Capilla, y dió por el sitio de ella á esta iglesia de Nuestra Señora donde está fundada doce mil maravedís de renta perpétua, é introdujo y nombró para el servicio de ellas tres capellanes...» Y concluye su largo contexto con la noticia si-

guiente. «Acabada esta obra á fin del mes de octubre de 1354.»

El interior de la capilla es un cuadrado de 28 piés castellanos, coronado por un elegante cascarón á medio punto. Ya dijimos que su estilo arquitectónico es *plateresco*. Pero donde está el gran mérito es en el detalle de las formas, en los accidentes de adorno, en el refinamiento de la ejecución cubiertos los muros del santuario; en sus facies internas, de un riquísimo estucado, parecese estiendo sobre ellos una tapicería admirable por la opulencia de su dibujo, la lozanía de sus proporciones y lo fantástico de su concepción. Desde el pavimento hasta la clave no se descubre un átomo de la escueta sillería de su fábrica. Todo se vé enajado de florones, cintos y grupos quiméricos, de monstruos y fenómenos; do quiera caprichos grotescos, rasgos originalísimos. Todo tan variado y lleno de imaginación, tan correcto, vistoso y bien entendido, que los ojos encuentran cada momento nuevas bellezas, y la mente se juzga bajo la influencia de un sueño misterioso, que forja aquella perspectiva mágica, aérea, ideal. Y en medio de sus delicados pormenores osténtanse medios relieves, metalajones y entabladuras correspondientes á la magnificencia del conjunto. Por cierto que alguno de aquellos, al través de una fórmula grotesca, encierra un pensamiento profundamente filosófico, y sobremanera cristiano. Representa pues, un cuadro, abierto en el espacio mediante entre el cornisamento y la curva de uno de los arcos de la bóveda, la historia de nuestros primeros padres, en tres grupos de gran relieve. En el del fondo se halla el Eterno, sacando á la muger de la costilla del varón; en otro Eva entrega al débil Adán la fatal manzana, y este gusta el fruto de maldición. Los moradores del Eden caen aterrados á la voz del Señor, y ante la presencia del ángel vengador de tamaña desobediencia, formando un grupo maravilloso en el centro inferior. Y por último, en el de la izquierda aparecen los esposos pecadores huyendo del ministro celestial, que les arroja del Paraíso. Hasta aquí todo es severo, patético, grande. Mas en el borde del cuadro se destaca un objeto raro, insolente, ridículo, la muerte; pero la muerte danzando y tocando una guitarra, que precede con tanta crueldad á Eva y Adán en su salida del jardín santo. Y esta figura, que á primera impresión arroja una carcajada, revela en seguida al espíritu pensador una idea terrible bajo aquel emblema chocante. La degeneración de la humanidad, la miseria y los dolores del hombre, la historia moral del mundo... todo, todo se encuentra significado tras de aquel geroglífico de cómica y vulgar acepción!!!

El último altar de la capilla notable por mas de un concepto es la mejor obra de Juan de Rutz. Alvaro Alfonso contrató con el famoso artista su construcción por escritura otorgada en Valladolid á 1.º de Junio de 1357. Su coste ascendió á 450 maravedises de oro, y tardó el artífice dos años en la obra: lo cual es admirable por el nuevo y excelente trabajo. Su decoración es *corintio-jónica*: consta de dos cuerpos, en los que están distribuidos cinco medios relieves que representan la vida de la Madre de Dios; cuya efigie en escultura ocupa el lugar de preferencia. Esta obra ejecutada en madera (de cerezo si mal no recordamos) es de tamaño natural y muy bella.

El enterramiento de los fundadores forma otra de las cosas notables de la capilla. Constituido por un cuerpo de arquitectura también plateresco, se abre en toda su extensión una elegante galería de arcos semicirculares, sostenida por bellísimas cariátides, y talladas con formas del mejor gusto en piedra perfectamente trabajada, y entucada con terso y brillante barniz, color de cera. En cada uno de los tres nichos sepulcrales cubijados bajo los medios puntos, se alza un suntuoso lecho finabre; y sobre cada cual reposan dos hermosas estatuas, de tamaño de 8 palmos, á cuyos piés vela un lebril, ó luce otra alegoría fúnebre.—Y en la faceta exterior de las tumbas hacen heráldico alarde los escudos blasonados de Benaventes y Palacios, sostenidos por genios y circuidos de primorosas labores á relieve.—En el primer tomulo yacen Juan de Benavente, hijo de Alvaro Alfonso, y María Gonzalez Palacios, padre del fundador, que falleció por los años de 1330. En otro Juan Gonzalez Palacios y Beatriz Arias. Y el postrero Diego de Palacios y Esurtanza Espinosa. En el fondo de los arcos están los epitafios, y sobre ellos otras tantas pinturas en tabla, de Blas Pardo, y de buen merecimiento.—Encima del cornisamento



general de la galería termina su decoración un lindísimo adorno del mejor gusto y delicadeza. La composición de esta obra es sencilla, grave y hermosa; la ejecución ligera, correcta y habilmente calculada; el trabajo es limpio, y de mano distinguida; el conjunto indisputablemente magnífico.—El pavimento es mosaico azul y blanco, en cuyo centro hay dos hermosas lápidas de jaspe rojo manchado, de gran magnitud. Por bajo de la capilla existe el panteón de sillería, donde deben estar sepultados los fundadores, y que servía también de depósito cinerario para sus descendientes.

Dada cima á la obra en 1554, aparece que su fabricación duró ocho años cumplidos. Su coste debió ser cuantioso. Gran parte de los relieves y molduras conserva aun el sobredorado, que acaso iluminaría el fondo de la decoración.—La entrada principal de la capilla desahoga sobre la mayor del templo, al lado del Evangelio. Consiste de un grande arco semicircular, con sobrepuestos ogivales, decorado con mascarones y preciosos recorles, y cubierto por una espaciosa verja, cuyo excelente trabajo, gusto y artísticas galas compiten con los estucos de la fábrica. Fué obra de Francisco Martínez, en 1554. Y el director de la construcción del santuario parece se llamaba Gerónimo Corral, según consta de un tarjetón colocado allí en el año que se dió por concluida.

Ciertamente hizo una cosa magnífica. Pero el abandono, la ignorancia y el mal tratamiento se han sucedido á la solitud y predilección de los fundadores. Bien que hasta la enorme lucera que debía coronarla con un torrente de resplandor necesario para tantos y tan finos detalles al discreto cálculo del artífice, se halla tórpemente tapada en su mayor parte, para hacer menos costoso el vidriaje. Esta y otras profanaciones tienen mal parada esta primorosa construcción, cuyo deterioro es una ignominia para el cabildo y fábrica de su iglesia; y una reprensión perpetua contra los descendientes de aquellos piadosos varones, que, al rendir un homenaje al cielo, escribieron una hermosa página en el album de las artes españolas.

No terminaremos este artículo, sin hacer mención del magnífico cuadro del señor Villanil, en el cual batrastado con bellísimo acierto la *capilla de los Donantes*. La amable complacencia del célebre artista nos permitió examinarle en su estudio con todo detenimiento, y vimos allí un trasunto que rivaliza en prendas admirables con su siempre admirado original. Seguros estamos de que, mientras el gusto de lo bello y de lo bueno exista vivo entre nosotros, tanto la obra del arquitecto como la del pintor ocuparán un lugar distinguido en la posteridad.

V. GARCIA ESCOBAN.

## LA VELADA DEL HELECHO.

ó

### EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

(CONCLUSION DEL CAPITULO IV).

Hablando así salió el ganadero de la estancia para ir á guardar los doblones de su presunto hijo, y ansioso de correr en seguida por toda la villa divulgando aquellos sorprendentes sucesos, y asegurando que Arnaldo había descubierto ser hijo natural de un magnate opulentísimo, á quien motivos poderosos obligaron á guardar hasta entonces el mas profundo silencio; pero que acababa de reconocerlo, haciéndole por primera demostración de su paternal afecto, un regalo de *dos mil* piezas de oro de 32 franken; pues no ignoraba Juan Bautista que en lo tocante á intereses pecuniarios es asaz general la antigua costumbre de atribuirse el duplo de lo que realmente se posee; siempre que no sea mayor la conveniencia de rebajarlo en proporción del aumento.

Késsman por su parte salió también, menos por ver al cura que por respirar al aire libre, buscar la soledad y entregarse sin testigos á los contrarios sentimientos que se combatían en su alma. Logró en efecto presentarse mas

tranquilo á la hora de la comida, y sostuvo las conversaciones de la noche con bastante desembarazo; pero cuando se halló solo encerrado en la salita verde que le habían señalado para dormitorio; cuando se volvió á encontrar consigo mismo en el silencio y pavor de la alta noche, esforzándose por conciliar el sueño que tenazmente le huía, entonces, decimos, cambió completamente de aspecto y bubiera causado lástima á su mayor enemigo (si algunos tenia), la deplorable situación de su conturbado espíritu. ¡Oh! bien se echaba de ver que un recuerdo horroroso, un remordimiento profundo se albergaba en aquella alma. Los descompasados pasos con que recorria el triste recinto de su estrecha estancia, cuyo color sombrío prestaba siniestros reflejos á la lámpara que la alumbraba; los estremecimientos nerviosos que por momentos le asaltaban; la especie de pánico terror con que se asombraba al mas leve rumor de la madera que cruje, del gato que saltaba al tejado, la expresión particular de sus ojos y la contracción de sus labios... todo estaba indicando que el malaventurado jóven se hallaba muy distante de la serenidad de conciencia, con que descansaba bajo el mismo techo que él la inocente Ida en su lecho virginal.

Cayó por último de rodillas despues de su prolongada y tétrica agitación, y un torrente de amargos y ardientes lágrimas brotó de repente de sus párpados. ¡Oh Dios! ¡Dios de misericordia! exclamó con voz ahogada; ten misericordia de mí...! he sucumbido al violento poder de una pasión insensata en un momento de delirio y de fascinación...! pero no me deseches para siempre! no me condenes como merezco! ¡Dios mío! ¡Dios mío! añadía golpeando su frente contra el duro pavimento; ten piedad de mí, y no permitas que *ella* participe de mi horrendo castigo, pues no ha sido cómplice, aunque sí causa inocente de mi delito.

Aun permaneció postrado y llorando delante de Dios una gran parte de la noche, y esto pareció calmarle; pues se adormeció un momento cerca de la madrugada, y cuando al despertar al otro día vió su estancia inundada de luz y á Kéler que estaba poniendo sobre su velador hermosos ramilletes de flores salpicadas de rocío, que Ida había ido á recoger por sí misma á los faldeos de la montaña, y que se las enviaba como primer saludo; cuando oyó cantar las aves, y mugir las vacas, y sintió por todas partes el movimiento y la actividad de la vida, parecióle que todos sus anteriores pesares no habían sido mas que una tormentosa pesadilla, y que salía de ella con nuevo aliento y vigor.

En efecto, el cielo despejado y sereno, la tierra alegre y engalanada con la pompa de la estación y de la aurora, todo contribuía á hacer olvidar las tétricas meditaciones de la noche, y anunciaba que aquel día, en que se iban á celebrar los convenios matrimoniales, presidiría dignamente tan fastuosos preliminares de una próxima ventura.

Arnoldo se sintió gratamente impresionado por las influencias estóricas, y cuando se presentó delante de su amada, su hermoso, aunque descolorido semblante, había recobrado la natural expresión de apasionada dulzura. Pero bien pronto fué menester separarse: aquel era un gran día: Kéler no paraba dando disposiciones para el suntuoso banquete con que, siempre espléndido, había determinado solemnizar la celebración de los contratos. Ida, que esperaba á todas las mujeres del lugar que habían de acudir á felicitarlo, tenía que preparar sus galas; Arnaldo que debía hacer su regalo de boda en el acto de firmarse las capitulaciones, aun no lo había comprado: cada cual, pues, tiraba por su lado, y todo era agitación en la casa del ganadero, que tenía la gloria ademas de haberla hecho ostensiva á toda la villa; pues no había quien no hablase de los acontecimientos ocurridos y de los que debían ser su consecuencia inmediata.

—¿No os decía yo que Juan Bautista Kéler era el hombre mas afortunado del mundo? pronunciaba la frescota propietaria de una de las mejores viñas del país, mientras en unión con tres ó cuatro vecinas iba colocando por sí misma en un ceston los hermosos frascos de barro vidriado llenos de excelente vino que destinaba por regalo á los novios. ¡Va veis! su hija no se casa con el baron, pero el paje se convierte de pronto en rico caballero para ser su yerno: eso es tener buena estrella, ó no las hay buenas en el firmamento.

—Hace mucho tiempo que habia oido yo decir que el jóven Késsman era noble; pero á la verdad no se me habia

ocurrido nunca que podía salir siendo hijo de un conde: y no dijo Keller que era conde el padre de su yerno?

—¿Conde decís...? ¡Príncipe! á mí me han asegurado que es un príncipe de no sé donde.

—Teneis razon, vecina; Juan Bautista es el hijo de la dicha: todavía lo habeis de ver á él mismo, en carne y hueso, hacerse conde y príncipe el día menos pensado.

—Callad, vecina, callad, que hay cosas capaces de hacer dudar de la justicia divina: porque pregunto yo: ¿qué virtudes tan grandes son las de ciertas gentes que en todo son benditas por Dios nuestro Señor? ¿qué es lo que han hecho para merecer su constante fortuna...? ¡Ay! otras hay que se consumen trabajando y nunca salen de pobres.

—Vos no podeis quejaros: vuestras viñas prosperan á pedir de boca; ¡pero yo, pobre de mí! yo soy viuda de todo un escudero de buena alcurnia, y aun no he podido reunir un miserable *sennte* de 100 vacas...!

—¿Pues qué decís de mí? saltó otra: mi marido era el jefe de los monteros del conde de la Gruyere, nuestro señor, y sin culpa ninguna se vé arrojado del castillo y obligado á ganar el pan guardando los ganados ajenos.

—Mi hijo se hubiera muerto de hambre despues que salió del servicio del conde de Montsalvens, si ese buen jóven, que Dios bendiga, el baroncito de Charmey, no le hubiera hecho su paga de cámara: por cierto, vecinas, que ha venido á verme esta mañana; él fué quien me despertó, ¿y sabeis lo que me dijo?

—¿Qué? preguntaron á la vez todas aquellas comadres.

—Me dijo, prosiguió la otra con tono de confianza, que el barón iba á... á... ¿sabeis que lo he olvidado...? Pero debió ser á Friburgo, porque allí es segun creo donde se ventilan esas cosas.

—¿Qué cosas, vecina, si no habeis dicho nada?

—¿No lo dije? ¡ah, si tengo una cabeza! pues bien; yoo habeis oido decir que las mejores posesiones que hoy hacen parte de los señorios de Montsalvens, pertenecen en justicia al jóven barón?

—Eso es positivo, y luego que despache este regalo os he de poner tan en claro los derechos del señor de Charmey sobre los dichos dominios, que podeis jurar en conciencia ser tan suyos como míos estos frascos, mientras no salgan de mi casa se entiende.

—Pues bien, mi hijo dice que el barón ha ido á reclamar lo que le pertenece, y que William, el conserje del castillo, dá por seguro que ha de volver triunfante antes de mucho.

—Ya lo creo: si eso no es mas que enseñar sus títulos y ya está: lo extraño es que no se le haya ocurrido hasta ahora á ese buen barón el hacerlos valer: pero ¡Dios mío...! ¿qué hora es esta que suena? ¡las nueve, y á las once se firman los contratos! dejadme os ruego, vecinas mías, tengo que mandar mi regalo y que arreglar mi vestido color de escarlata.

—Nosotras tambien estamos convidadas.

—¡Oh, todo el pueblo! ese Keller es rumbozo: respecto á esto no se le puede tildar.

Las mugeres se separaron para hacer sus *toilettes*, y en idéntica ocupacion se halló una considerable parte de la gente femenina del lugar, hasta que sonaron las once en la gran campana de la iglesia. Entonces los ámbitos de la casa de Keller comenzaron á llenarse de lucida concurrencia. Ida hacia los honores, vestida sencillamente con infinita gracia, y poco despues se presentó el ganadero enlazado un brazo al de su yerno futuro, y ostentando sus mas lujosos atavíos. Unánime aclamacion resonó entonces en la sala, y todos los asistentes se apresuraron á porfía á ir á felicitar á entrambos, y en especial al hijo del *opulento príncipe* que recibia por primer caricia paternal dos mil piezas de oro de 32 franken. Al mismo tiempo apareció el escribano con las manos cargadas de papeles, y leyó en alta voz la escritura dotal de la novia, en la que declaraba el esposo recibir de su padre político un estenso alpage con 200 vacas gordas, otro mas pequeño con 50, y la cantidad de 300 ducados de Berna en buena moneda de oro.

¡Viva el rico ganadero! ¡viva el generoso papá! exclamaron los testigos; mientras Keller entregaba á su yerno las escrituras de donacion, y en un lindo bolso de seda los 300 escudos mencionados. Nuevos vitores resonaron al ver en mano del jóven aquella dote considerable para ser de una villana, y se aumentó el entusiasmo cuando el jóven declaró en alta voz que dotaba por su parte á la jóven desposada con mil piezas de oro de 32 franken.

¡La mitad de su fortuna actual! decia Keller al oido de sus vecinos; ¡le regala la mitad de su fortuna actual! ¿pero qué es eso para él? ¡el hijo de un potentado!

¡Viva el señor Arnoldo Késsman! ¡viva el novio rumbozo! decian todos exaltados por aquel rasgo de despreñimiento y de conyugal ternura, y el jóven firmó las escrituras entre un concierto de aplausos.

En aquel momento un nuevo tropel de gente invadió la sala de la reunion, y todo ruido cesó, y todas las miradas se preguntaron con lenguaje mudo qué significaba aquello, al notar que los recién venidos eran hombres armados, y traian la divisa de una casa ilustre y poderosa.

Señores, dijo Keller adelantándose:

—¿Qué buscáis en mi casa armados de este modo en un día de regocijo para mi familia?

—¿No se halla aquí, preguntó el que hacia veces de jefe; el ex-paje Arnoldo Késsman?

—Es novio de mi hija, respondió Juan Bautista: hèle allí: ¿qué quereis de él?

¡Arnoldo Késsman! pronunció entonces con atronante voz el hombre armado que capitaneaba á los otros. En nombre del muy alto y poderoso señor conde de Montsalvens, quedais preso desde este instante; seguidme, tengo órden de ponerlos incomunicado en uno de los calabozos del castillo.

¡Preso! exclamaron todos asombrados. ¿Pero de qué delito es acusado este jóven? preguntó todo trastornado el ganadero.

—So ha perpetrado un robo de la mayor importancia en el castillo de su señoría, respondió con destemplada voz el hombre armado, y todas las sospechas recaen en ese manco. Asidlo vosotros, añadió dirigiéndose á su gente.

—¡No es menester, dijo Arnoldo, adelantándose á ellos pálido como un espectro: estoy pronto á seguirlos!

G. G. DE AVELLANEDA.

(Concluirá.)

## EL CIEGO.

Á MI RESPETABLE AMIGO EL SEÑOR MARQUÉS DE BERRERA

Que en tal mal fuera bien hallar la muerte.

BERRERA. —Socio CXXI.

Eso que en torno mio  
tuel torbellino gira  
¿es el mundo quizá?—Si, yo recuerdo  
que en días mas dichosos  
ese nombre le di; pero ese mundo  
¿es el que amaba con amor profundo,  
ó el que hoy contemplo con voraz hastío?  
¿Es el que sientra de pomposas flores,  
ricas en hermosura y en colores  
el campo de la vida?  
¿O es el que seca el corazón ardiente,  
cubriendo á nuestra frente  
corona de martirio y de dolores?  
—¿Es el Edén de la exaltada idea  
con un cielo sin nubes,  
y un ambiente impregnado de ambrosia,  
ó es el abismo del Luxbel campea,  
dó el rayo centella,  
y se agosta la virgen fantasía?

¡Ay! si: tendadme por piedad las manos;  
guiadme en mi camino;  
qué el mundo y los humanos  
me arrastran en su hirviente torbellino.  
Guiadme, si: que en la espantosa sima  
en donde oculto mi mortal tristeza  
el hombre con sus odios no me oprima;  
que en mi cansa cabeza  
la inmundicia huela de su pié no imprima.  
—¡Oh! que respete la agolpada nieve,  
que heló en mi corazón las sensaciones...  
—¿No hay una mano que á espiar me llave  
lejos de estas regiones?

¿Adónde voy? ¿mi paso  
adónde se encamina?  
—Sin Norte y sin Ocaso  
la luz de mi existencia ya declina.  
¿Qué encuentro en lontananza?  
el mundo ¡ay! ¡un vacío!...  
mi vista alras se lanza...  
¡otro cruzó el pie mio!  
—La flor de mi esperanza  
ni nació en verde mayo, ni en estío  
cayó al embate de huracán bravo.  
—Nao en ignotas mares  
sin puerto y sin orilla,  
fueron mi ayer, pesares,  
tormentos, lo presente,  
mañana... mas dolores...  
—¡Qué trague la corriente  
la cargada de horrores,  
la frágil y decrepita barquilla!....

En medio de esos seras  
que bullen por do quiera,  
apurando del mundo los placeres,  
¿qué soy yo, pobre ciego,  
de hundidos ojos y de luz severa?  
—¿Qué soy yo con mis lágrimas  
y mi sonrisa lígubre?  
—Boño de augurio tátrico  
en la feraz pradera;  
en un festín de vivos  
vacía calavera;  
tristísima salmodía,  
que las canciones báquicas  
con sepulcral entonación parodia.  
¡Ay! yo turbo del mundo los festines...  
estorba su camino  
mi vacilante huella;  
¡por eso me atropella  
su maldecida raza de Caines!

—¡Oh tú, Señor, que de la informe nada  
creaste los jardines,  
do el alma a su placer yace encantada!  
¡Oh tú, que de tus ojos  
brotar hiciste un rayo,  
cuyos destellos rojos  
repartiesen al orbe vida y fuégo:  
tú, en cuya escelsa mente  
primero de la luz surgió la idea,  
para que el hombre en tu inspirada frente  
tu omnipotencia lea;  
¿por qué no me das luz? ¿por qué me impides  
la vida, el pensamiento,  
que embellece tu hechura gigantea?  
—¿Quizá desde tu asiento  
la pequeñez de la materia mides?

Solo ¡oh Dios! si de Milton y de Homero  
el sublime raudal de poesía  
hubieras derramado  
en mi ya delirante fantasía;  
fuera menor la triste pena mía.  
Sí, yo adivinaria  
la belleza inmortal de tus creaciones.  
El río que susurra,  
la flor que vierte aroma,  
las plácidas canciones  
de la fugaz paloma...  
¡en todo tu poder admiraría!  
—Mas hoy... nada del prado  
me dicen los verdores;  
en penas abismado  
huello las tiernas flores.  
Huyo del bosque hambrió,  
—y cuando el Sol me abraza,  
apenas del estío  
por mi cerebro la memoria pasa;  
y solo doy al Sol mi despedida  
con voz agonizante  
cuando la nieve azota mi semblante.  
—Hoy seca ya la mente,  
ahogado el corazón por el bastío,  
quizás elevó a tu dosel ¡Dios mio!  
las sacrílegas quejas de un demente.

—¡Pardóname!—tu solo  
de mí eres contemplado:  
¡tan solo á ti desde la tierra veo!  
—Ver á mis semejantes me has negado?...  
—En tí mirar mis semejantes creo.  
—Hermandad, por piedad! cuando á la orilla

paseis de mi camino,  
¡alargadme una mano!  
¡las lágrimas secad en la moquilla  
de vuestro triste hermano!  
¡Compadeced siquiera su destino!  
—A los sarcásmos del infame ageno  
miradme con faz leda,  
guad mis pasos, y ¡miradme al menos,  
ya que miraros el Señor me veda!

Madrid.—Febrero.—1849.

VICENTE BARRASTES.

## FABULA ORIENTAL.

El jóven Scha-Abbas era muy amante de su pueblo, y sus mas agradables pasatiempos eran informarse acerca de su felicidad. Habiéndose encontrado un dia en sus jardines al filósofo Sadi. «Tú conoces, le dijo, los dos ministros que han gobernado el imperio desde que ocupó el trono; imposible es que puedan hallarse nunca principios mas opuestos, conducta mas diferente que los que ambos han practicado. ¿Cómo es que un pueblo halla siempre iguales motivos de queja?—Señor, le respondió el sábio ¡pueda hacerse el mal tan bien y el bien tan mal! Solo existe un modo de ser feliz, empero en cambio existen ciento de no serlo!...

## DE LA CIGÜEÑA.

Dr. traductor del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

He leído en el número 15 de su periódico, páginas 144 y 145 el artículo que Vd. dedica á la cigüeña, y conducido por el interés que resulta del verdadero conocimiento de la historia natural, añado las noticias siguientes:

Es un problema resuelto por los que hemos tenido la desgracia ó la fortuna de visitar las antes opulentas capitales de la Numida, *tossora* y *capsa*, que la cigüeña es de las aves de mas larga vida; pero que no se reproduce mas que una sola vez, y sucede al siguiente año de su nacimiento.

La cigüeña, conducida por las leyes de su propio instinto, tiene necesidad para reproducirse de abandonar el gran desierto, clima infecundo, porque no domina allí nunca en las primavera el aire engendrador; pero lo verifican solamente los hijos, no pudiendo hacerlo los padres, porque estos pierden sus plumas todos los años en los meses de noviembre y diciembre, y no vuelven á vestirse hasta marzo ó abril. Verdad es esta comprobada con la observacion, de no haber visto nunca aumentarse los nidos en los sitios adonde siglos hace crian. De todos tiempos y por todos los pueblos, ha sido la cigüeña tenida en gran estima, y los musulmanes, que la conocen con el nombre de *Veled-Erge* (adorno del pais), en veneracion. El fanatismo religioso compuesto de la ignorancia y de la barbarie, ha divinizado entre los habitantes del *Veled-ul-verit*, las benéficas propiedades de la cigüeña. Los reptiles venenosos del Sahara, hubieran impedido fuese habitada la mayor parte del Africa, y la Europa no seria tan feliz, si millones de cigüeñas no tuvieran la misión de alimentarse de aquellos, y mas principalmente de la langosta: yo las he visto en bandadas de muchos miles cada una, poblando toda la estension del desierto que la vista alcanzaba, colocado en lo alto de un murallon que se conoce por vestigios del palacio de Yugurta.

L. DE C. Y V.

Dirección, Redacción y Oficina calle de Jacometrezo, número 28.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un AÑO 360.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimeson, Gaspar y Boig, Poupart, Villa, Baili Balliere y la Publicidad, litografías de Pellegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 12 rs. Seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correo franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: imp. de ALHAMBRA y Compañía, calle de la Colegiata, núm. 4.